

bolsa maldita, que encerraba el precio de la sangre del Justo.

Y mientras Pedro seguía orando, Judas, sin rumbo cierto, tropezando aquí y cayendo allá, huía... huía... ¿De quién?

Satanás le impulsaba, como el alud es impulsado por la fuerza de gravedad, que le precipita desde la cima de la altísima montaña al tenebroso abismo que se abre á sus piés.

CAPITULO VI.

Al borde del abismo.

¿Á dónde iba Judas el traidor, cuando marchaba corriendo de la presencia del afligido Pedro?

Hé ahí una pregunta bien difícil de contestar, porque ni el desdichado Iscariote lo sabía.

Andaba huyendo... ¿De quién? Él pensaba que huía de los hombres, cuando todos sus esfuerzos se reducían á huir de sí mismo.

Y como lo único que le perseguía implacable era el remordimiento, érale imposible evitarse á sí mismo, era imposible ocultarse á sí mismo, era imposible huir de sí mismo.

Donde quiera que encaminaba sus pasos, allí estaba también el remordimiento con él; allí estaba la fuerza infernal que le impelia á huir, sin que jamás consiguiera tranquilizarse ni un momento, porque su crimen era su enemigo,

y este enemigo estaba en el fondo de su alma, forjándole en los hombres, en las rocas, en las sombras, enemigos que pretendían arrebatárle la maldita bolsa y la vida desdichada.

Pero ¿para qué quería Judas una vida tan espantosa? ¿No le hubiera sido más benigna la muerte, que tan empeñadamente procuraba evitar?

Muriendo su cuerpo, hubiera muerto también la terrible angustia que le dominaba, hubiera cesado de una vez el espantoso miedo que se apoderara de él, y el grito implacable de su conciencia que le perseguía, habría puesto en un momento punto á sus labios.

¡La muerte! ¿No era acaso la única amiga de Judas, amiga dulcísima, entrañable, si hubiese sido la muerte del pecador contrito?

¿Cómo, pues, el malvado Iscariote procuraba esforzarse por salvar una vida tan llena de intranquilidad, y más agitada cien veces que la del fratricida Cain, desde el momento en que vió caer exánime sus piés á su santo hermano el justo Abel?

Y si tan encariñado se hallaba con la vida, ¿por qué no procuraba dulcificar sus penas prestando oídos á las cariñosas palabras del anciano apóstol, que llamándole al arrepentimiento, le llamaba también á la única felicidad de que acá en la tierra puede y debe disfrutar el ingrato pecador, á la felicidad de confesar humilde y contrito su pecado, para sentir reverdecer la esperanza y animarle; para sentir mitigados los dolores que producen las llagas que en el alma ha abierto el pecado?

¿Por qué Judas huía de esta felicidad, triste como la vida de los hombres, pero la única posible en este mundo? ¿por qué se empeñaba en conservar la vida miserable, tanto

mas miserable, cuanto mas desesperado se hallaba el que aborreciéndola la abrazaba con vertiginoso frenesí, y el que intentando salvarla, la esponia á la suspicacia de los hombres?

¡Ah! ¡Tristes secretos del remordimiento, cuando el espíritu se halla léjos de la humildad y de la contricion! El pecho se abrasa, arden las sienas, saltan los nervios, la vida es jadeante, la existencia horrible, el miedo espantoso, el vértigo aterrador, la fiebre del alma es infernal...

Aquel hombre entonces no es hombre, sino una sombra del averno; no es sombra infernal, sino una criatura humana impulsada febrilmente por Satanás, para desgarrar primero sus entrañas en vida, y así ciego, y loco, y frenético, le conduce al borde del insondable abismo, desde el que le despeña, para recibirle con sus brazos malditos, y llevarle á la mansion del espanto, donde sufriendo sin esperanza maldiga á Dios, y donde maldiciendo á Dios sufra siempre, eternamente, sin fin, tormentos tan intensos y grandes, como sus pecados y sus maldiciones.

Allí las blasfemias no tienen eco; no salen de aquellas bóvedas opacas, sino que caen como una lluvia de plomo encima de los que las han proferido, para aumentar su desesperacion y sus tormentos, bien así como el fresco vapor que la tierra envia á la atmósfera, vuelve á la tierra en forma de rocío, para refrescarla durante las purísimas alboradas.

Y aquel dia era verdaderamente el de Satanás. Cebábase en el Cristo con una saña que no tenia precedente en los fastos infernales, y se cebaba por contraposicion en Judas, por solo el placer de hacer mal, de atormentar á un hombre, de hacer la guerra á Dios, induciendo á una de sus criaturas á precipitarse en el abismo de la desesperacion.

Y esto era lo que movia al Iscariote. Su pecho lleno de Satanás, no tenia eco para ningun sentimiento tierno; no tenia espacio para una generosa accion; no tenia calma para oír las dulces amonestaciones de Pedro; no tenia paciencia para meditar sobre la grandeza de su crimen; no tenia humildad para prosternarse ante el divino acatamiento, y confesar su falta é implorar la indulgencia del Altísimo.

Aquel desgraciado no tenia mas que la locura de la desesperacion. Satanás le impulsaba, Satanás le aturdió, Satanás le precipitaba, Satanás jugaba con él para aturdirle, como juega un gato con un raton antes de resolverse á devorarlo.

Judas era la encarnacion del espíritu maligno que se apoderara de su cuerpo, en aquel momento en que comió hallándose en pecado el cuerpo adorable del Redentor, que el mismo Redentor le presentaba bajo las especies de pan.

El diablo, héroe de aquella tenebrosa fiesta, que habia de acabar de una vez con el poder del infierno; el diablo, apoderado de Judas, que se desdeñara de mirar al cielo para arrepentirse; el diablo habia de ser el temporal y eterno instrumento del castigo del Iscariote.

Teníale amarrado entre sus brazos fatídicos y espantosos, y cuando solo una palabra faltaba á Judas para desprenderse de aquellos lazos de perdicion, que le arrastraban al abismo eterno, léjos el traidor de pronunciar esta palabra, se enredaba mas y mas en los lazos que Satan le tendiera, y sentíase á cada momento mas poseido del vértigo, que debia precipitarle para siempre en el lugar del espanto, en la mansion del horror.

Las dulces amonestaciones de Pedro fueron las últimas escitaciones que le dirigia el Eterno para que se convirtiera, empero Judas, léjos de prestar oídos á semejantes

escitaciones, añadía mas crímenes á la suma de sus pecados, y maldiciendo é injuriando al Señor, y blasfemando de aquella purísima Mujer, llena de incomparable bondad y de indescriptible dulzura; blasfemando de María, Madre de Dios, (cuyas ofensas venga mas implacable el Altísimo, que no venga aquellas que contra Él se dirigen), Judas colmaba la medida de sus iniquidades, y las puertas del cielo acababan de cerrarse para el traidor renitente, y acababa de darse al diablo todo poder sobre el Iscariote.

Y el diablo pensaba mofarse de Judas, de los sacerdotes sus cómplices, y del pueblo de Israel en masa; el diablo, que inconscientemente trocado en instrumento de Dios, iba á obligar al Iscariote á que confesara pública y solemnemente la inocencia de aquella Víctima nobilísima, la cual debía ser sacrificada para la redencion de la humanidad.

Impulsado pues por Satanás, el frenético Judas huía... ¿Dónde encaminaba sus pasos? Él lo ignoraba, pero Satanás impulsábale al templo, para que confesara allí la inocencia de Jesucristo, á fin de que apareciendo ya sin sombra de duda manifiesto el pecado de los pontífices, pudiera á su tiempo apoderarse de estos para atormentarlos eternamente... ¡Providencia divina! El mismo Satanás no sabía que Dios le impulsaba á él, porque era necesario que la injusticia cometida contra el Cristo apareciese sin sombra de duda, á fin de que los hombres vieran en el martirio atroz del inocente Salvador, el infinito amor que Dios profesa á los mortales, y la inmaculada inocencia del que iba á morir en el patíbulo; de aquel que con su muerte iba á trocar los destinos de la cruz convirtiéndoles de infamantes en gloriosos.

De pronto, cansado Judas de correr y de saltar por entre rocas, se detiene.

Suda á mares, á causa del cansancio y de la zozobra que le dominan.

Esta parece que hace punto, y que por unos momentos deja en paz al criminal Iscariote. ¡Malvada es la táctica del espíritu maligno! En aquel paréntesis que abre al espíritu agitado de Judas, cava la infame sepultura del traidor, y abre un abismo, en el que deben necesariamente precipitarse á la corta ó á la larga los injustos jueces del divino Redentor.

Judas se halla en el pleno dominio de sus facultades, y en la plena y cabal conciencia del crimen que ha perpetrado.

No se arrepiente, pero tampoco siente necesidad de arrepentirse. Su corazón se ha dormido para siempre, mas su inteligencia funciona aun.

La situación de Judas, víctima hasta entonces de la tempestad levantada en su alma, parece haber del todo cambiado; sin embargo, no es así: tambien en los dias de huracan se aquieta el viento por unos instantes, y hace presumir á los incautos que la tormenta ha cesado, mas luego prosigue con mayor furia, y el embate del vendabal es tanto mas terrible, cuanto mayor ha sido la pausa, cuanto mayores han sido los momentos de descanso, que por decirlo así, háse permitido.

Pero Judas en aquellos momentos disfrutaba de una calma inesplicable, y en calma meditó.

De aquella meditacion surgió un pensamiento, y el pensamiento debía ser tan punzante, tan violento, que Judas, sombrío mas que nunca, pero resuelto y con paso firme, encaminóse hácia la parte del valle de Gion que desembocaba en el valle de Josafat.

¿Dónde iba Judas? ¿Qué estraña idea le animaba, pues acababa de obrarse en él tan repentino cambio?

Satanás hemos dicho que le impulsaba, y el espíritu rebelde era en aquel momento una máquina, que se movía á impulsos de la sábia providencia del Altísimo.

Pero ya nos saldrá Judas al encuentro cuando haya llegado la ocasion.

Mientras tanto tornemos al lado del divino Mártir, que derramaba la sangre por la eterna salvacion de los hombres; que permitia verse cubierto de ignominia, á trueque de cubrirnos á nosotros de gloria.

CAPITULO VII.

En manos de los verdugos.

La pluma tiembla en la mano del que va á escribir este capítulo, en llegando á este punto.

Vamos á describir escenas de barbarie incomprensible, y nos sentimos sin genio y sin fuerzas para llevar á cabo nuestro cometido.

Por una parte están unos hombres cuya crueldad raya en inmensa, cuya maldad solo puede compararse con la del espíritu de las tinieblas, cuya barbarie y saña no tienen ni tendrán precedente en la historia de los hombres mas criminales: por otra parte está Jesús, está el Hijo del Dios Altísimo, está el Redentor del mundo sufriendo los martirios que le dan, sin exhalar una queja, sin dirigir un reproche á sus verdugos, sin cansarse de padecer y de sufrir, animado de una resolucion amorosa, infinita como la misma naturaleza de Dios.

Allí Jesús sufre el castigo de todos los pecados de los hombres, y como la malicia del pecado es infinita, los tormentos del Cristo deben hallarse á la altura de las ofensas que satisface á Dios por los hombres. San Jerónimo ha dicho que lo que el divino Redentor sufrió aquella noche, es cosa que los hombres no podrán saber hasta el dia del juicio universal; ¿de qué manera, pues, podremos nosotros en este punto describir los tormentos, y pintar las escenas de horror que se representaron en el palacio de Caifás, desde el momento en que el Hijo de María fue arrojado por Eleazar, del primer tramo de la escalera al pavimento del zaguán, hasta aquel en que fue conducido al cónclave Gazith, para oír la sentencia que la iniquidad dictara contra la misma encarnacion de la inocencia? Si san Jerónimo para ponderarlos solo halla aquella frase, que nos será dable hacer á nosotros, miserables pigmeos, que apenas acertamos á ver la luz en pleno medio dia?

Por eso tiembla la mano que dirige la pluma al llegar á este punto, porque convencidos de la plenitud de nuestra ignorancia y de nuestra impotencia, no sabemos de que manera nos será dable salir del paso en este momento.

Invocamos, pues, el auxilio divino para que venga en nuestra ayuda, y rogamos á los amables lectores nos dispensen bondadosamente su indulgencia, porque sabemos que las escenas que vamos á referir, son infinitamente superiores á nuestras mezquinas fuerzas.

Eleazar se halla todavía en el súcio aposento que sirve de cárcel á Jesucristo, y el Señor, caido en un ángulo, guarda una actitud violenta, que mucho debe hacerle sufrir, pues bastaria á hacer sufrir á un hombre que no se hallara tan tristemente herido como lo está el divino Cristo.